

FÉLIX TEIRA

El último sol



El último sol

COLECCIÓN
LITERADURA

Félix Teira

El último sol



Primera edición: octubre de 2016

© Félix Teira Cubel, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-946164-0-2
Dep. Legal: M-36225-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *La ventana de poniente* © Pablo Monfort (1954-2013)

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Para María, Judit y Gonzalo... y su primer sol

En este link www.cuadroselultimosol.com el lector encontrará un álbum con los pintores y cuadros mencionados en la novela. El autor agradece a Manolo Cirujeda su amable colaboración, así como a los herederos de Pablo Monfort por permitir la reproducción de sus cuadros..

El último sol

MIENTRAS SE RECREABA en la violenta belleza del rostro, que contrastaba con un gesto altanero, casi repulsivo, Sturz sospechó que el verdadero motivo de aquella mujer era eludir la agonía de su padre. ¿Acaso era más vulnerable de lo que aparentaba? Sturz estaba a punto de aceptar un insólito encargo, pagado generosamente, que desbordaba su función de médico. Ganaba tiempo y dinero, pensó cuando Elena se lo propuso por teléfono, un despropósito de gente pudiente que se desentiende de un familiar enfermo; sin embargo, la primera entrevista, a la que la joven también acudió acompañada del señor Ernesto, lo llenó de dudas. ¿Qué desasosegaba a esta mujer de actitud desafiante? La oyó afirmar levantando el mentón:

—Tendrás que firmar el contrato.

—La cuestión es delicada —dijo Sturz. Sudaba pese al aire acondicionado de la cafetería—. Hacerse amigo, por decirlo así, amigo, colega, compañero... como quieran llamarlo, de un tipo al que no conozco y asistirlo en su muerte es... extraño.

Apenas había clientes en la amplia cafetería. Los tres, expectantes y cautos, se observaban.

—Una cuestión bien pagada que aceptaste verbalmente —sentenció Elena, cortándole la retirada—. Además, pese a tu juventud, habrás asistido a otros tipos en la Unidad del Dolor.

Ernesto apreció la tensión en el rostro del chileno, una expresión de dignidad ofendida. Sturz tenía rasgos indios. Ante el temor de que el médico anulara su compromiso, se puso conciliador:

—Comprendemos la dificultad del encargo, por supuesto. Tenemos excelentes informes de usted. Inténtelo, por favor.

Pese a que el médico atendió su ruego con deferencia, estaba dolido por el comentario de Elena, razonó en su fuero interno Ernesto. Probablemente Elena y el chileno tenían la misma edad, él no contaba en aquella pugna. Contra Elena dirigió Sturz, con una entonación enfática, su argumentación:

—Dije «tipo» refiriéndome a su padre y eso fue lo que la molestó. Me disculpo. Es el padre de usted y el mejor amigo

del señor Ernesto, me quedó claro en el primer encuentro. Pero entiéndame a mí. Imagine que le propongo, pagándole un buen dinero, que viaje a Puerto Montt, del que nunca oyó hablar, y que entable una relación cordial con mi padre, al que nunca vio, y, además, que lo asista en su fallecimiento...

Sturz tomó aliento y Ernesto advirtió con satisfacción la irónica sonrisa que se dibujaba en el rostro de Elena. La misma que el padre de ella, un gesto de aprobación por el que concedía al interlocutor la categoría de adversario legítimo. El chileno aceptaría la insensatez del cometido, ideado por Elena, una locura que él había asumido porque quería a la joven como si fuera su propia hija.

—Probablemente mi papá —prosiguió Sturz—, viendo a una española en la cresta del mundo recogiendo hierbitas y procurándose su amistad a toda costa, la hubiera considerado chiflada. O le hubiera soltado directamente: mira, gallega, ándate a la concha de tu madre. Y, por encima de todo, la muerte de un tipo, de su padre, del mío, de cualquiera, es un asunto... sumamente delicado.

—Me gusta lo que ha dicho el médico —concluyó Elena dirigiéndose a Ernesto, como si Sturz no estuviera presente—. Tiene sangre cuando se desmelenan.

Los dos jóvenes se retaron con la mirada y Sturz desgranó sus recelos:

—Puede ser que su padre no congenie conmigo, que me rechace.

—Eres raro, le caerás bien.

—Seguro. Si a su papá le agradan los excéntricos, usted será su hija predilecta. Este enredo se las trae.

—Soy su hija predilecta.

—Prosigo —dijo Sturz soslayando el enfrentamiento—. Una persona que, según usted, conoce su enfermedad y decide ir a un lugar mitificado de la infancia, así lo mencionó el señor Ernesto, y contando con que no será propenso a las confidencias, que está haciendo balance de su vida, asumiendo lo inasumible... No será fácil.

—No sé cómo lo harás, pero estoy segura de que te ganarás su confianza. Hay poca gente con quien hablar en Manafría. Y está enfermo. Y tú eres médico.

Sturz observó a la joven, un rostro magnético y desdeñoso. Se parapetó en su especialidad cuando se dirigió a Ernesto:

—A veces, es cierto, el dolor amilana y uno se abre, busca compañía. Tenemos todo un arsenal farmacológico para inducir la analgesia, incluso en dolores terminales... —Consideró que descendía por una pendiente peligrosa—: Yo haré lo que esté en mi mano. Es todo.

—A ver si le vas a caer mal por sentimental —dijo Elena. Le agradaba aquel médico que había venido a Europa a especializarse. Un amigo, que también había concluido el

MIR hacía un par de años, le había pasado la información sobre Carlos Lof Sturz: competente, riguroso y humano. ¿Por qué su atractivo no intimidaba al chileno? En encuentros cortos con varones se aprovechaba de su belleza.

—No lo confundas, Elena, por Dios —terció Ernesto—. Al contrario, Pablo solo simpatiza con los sentimentales. —«Como te ocurre a ti, Elena», iba a añadir, pero se contuvo—. Aunque mi amigo oculta esta debilidad.

—Y, para colmo, ustedes barajan hipótesis: suponen que iré a Manafría, suponen... Tampoco saben cuándo se instalará allí.

—Iré —atajó Elena.

—Me gustaría tener su clarividencia.

—Y te diré con antelación cuándo va a llegar —aseguró Elena—. Antes vendrá a despedirse de Saúl, mi hijo. Y su nieto. Después emprenderá el viaje.

—Ya —a Sturz lo confundió la mención del niño.

El aire se adensó en la cafetería, frente al Botánico. En Madrid, a principios de agosto, hasta los turistas seestean a las cuatro de la tarde.

—Deberías instalarte en Manafría cuanto antes —sugirió Elena.

—Me demoraré unos días. Ah, estuve mirando un auto, un todoterreno de segunda mano que no anda rápido, pero parece fiable.

Elena y Ernesto lo observaban. El chileno se creyó obligado a precisar:

—Dos mil euros, un poco viejito, parece bueno. Aquí tengo una fotocopia con las características, un Daihatsu no sé qué.

—¿Y dices que el coche se pone en marcha? —se burló Elena.

—Lo elegí para no despilfarrar. Si deciden que lo compre, lo devolveré cuando... Al final.

—Quizá tengas que trasladar al enfermo —objetó Ernesto.

—El auto funciona. Si no es de su agrado, cómprenlo ustedes.

—Si tú lo dices, servirá —zanjó la joven—. Estuve el fin de semana en Manafría, en Casabocafoz, así la llamamos nosotros y los lugareños. Está inhabitable. Contacta con albañiles, dile a mi padre que tú los utilizaste para adecentar la tuya. Disponlo todo para que en poco tiempo, cuando él lo pida, la restauren.

—¿Hay albañiles en Manafría?

—Yo qué sé, habrá en algún pueblo de alrededor, supongo, entérate. Allí no puede vivir si viene el frío. A mil metros de altitud el frío llega pronto.

—¿Dijo que sería fácil arrendar una casa para mí? No necesito una casa, simplemente pieza y cocina...

—Todo el pueblo está en venta. Al menos hay tres casas en la zona sur, a trescientos metros de la finca, alquila la que prefieras. Casabocafoz está aislada, ya la verás. Una parte del tejado, dos metros cuadrados, algo así, se ha hundido. La casa está hecha una mierda.

Quizá fue brusca, o demasiado directa. Iba a atenuar su comentario cuando oyó a Ernesto:

—Esa casa era el paraíso.

Elena observó cómo su tío, siempre llamó así al amigo de la familia aunque no tenían lazos de sangre, se bajaba los puños de la camisa. El recuerdo de Casabocafoz contenía un escalofrío íntimo. Le agradó el porte digno de Ernesto, una camisa de lino azul marino a juego con unos pantalones chinos bien planchados. Parecía mucho más joven que su padre, aunque eran de la misma edad, cincuenta y nueve años. El comentario del geólogo había quebrado el tono negociador de la conversación y la mujer eludió el sentimentalismo:

—¿Alguna duda?

Sturz contempló a aquella joven seca y autoritaria. Le pareció tan hermosa como desagradable. Respondió:

—Montones. Aunque hice mis deberes. Sé casi todo lo que sale en Internet sobre el pintor Pablo Monfort, algunos cuadros son impresionantes, y no lo digo por congraciarme. De Manafría hay menos información, cuarenta y siete habitantes...

—Internet miente, ahora no llegan a treinta y en invierno apenas queda una docena —precisó Elena—. Por cierto, aún vive allí un viejo amigo de la familia, pero es preferible que no interfiera.

—Ramiro... —adivinó Ernesto, y sonrió al evocarlo—. Cazador furtivo, temporero en Francia, pastor... Tenía lazos especiales con tus abuelos, sobre todo con Águeda. Si ve que Casabocafoz está habitada, irá inmediatamente. ¿Cuántos años tendrá? —recordó al caballo *Moro*, de enorme envergadura, que caminaba en medio del ganado.

—Perdone —lo interrumpió el chileno—, de la forma que se expresó, a usted también le gustaría estar en esa... Casabocadós. ¿Piensa aparecerse por allá?

—Casaboca... foz —corrigió Elena—. Y deja de hacer suposiciones. ¿Te sabes tu papel?

Sturz la miró con hostilidad, pero tñó su respuesta de condescendencia:

—Una mujer con demasiado genio... —Sostuvo la mirada de la joven y prosiguió—: Soy médico, experto en farmacología, contratado por Novasalud para investigar los principios activos de las plantas. ¿Es eso lo que debo decir, no? Como ustedes saben, el Taxol, extraído del tejo, se usa en quimioterapia. ¿Qué tal lo hago? —preguntó Sturz—. Leí los manuales de botánica que me prestó el señor Ernesto, puedo reconocer el abrotano florido, las dos variedades de

enebro que crecen en la zona... Nunca hice teatro hasta ahora, pero lo intentaré. ¿Algo más, señora?

—Te dejo una foto actual de mi padre.

—Hay cientos en la red. Lo reconoceré.

—Ha perdido ocho kilos, está avejentado. No te doy detalles de su carácter, ya los descubrirás. Quedará más natural. Ah, fue alcohólico...

—¡Y qué más dará eso ahora, Elena, por favor! —le reprochó Ernesto.

Los tres miraron las celosías oxidadas que daban al Botánico. Sturz consideró que estaba ante un interlocutor indulgente al que le resultaba espinoso el asunto. Observó cómo el señor Ernesto se acariciaba de modo inconsciente una cicatriz del labio. De repente en la cafetería sonó música ambiental y los tres se sintieron incómodos. El duelo dialéctico entre los jóvenes había diluido la cuestión de fondo y ahora afloraba de repente. Estaban disponiendo los medios para que Pablo Monfort tuviera una muerte digna. Por fin el médico firmó el contrato. Los tres se pusieron en pie para despedirse. Elena observó a Sturz mientras salía de la cafetería, no se había doblegado ante ella. ¿Qué había querido decir con aquello de una mujer con demasiado genio...? El chileno manifestaba una actitud viril y una personalidad fuerte, quizá un mundo propio. Pero se había equivocado tantas veces... ¿Tendría pareja? Cuando quedaron a solas, las

miradas de Elena y del geólogo se encontraron. Aún tardaría Ernesto en formular la pregunta inevitable:

—¿Y estás segura de que esto es lo mejor, Elena?

—Estoy segura de que es lo mejor para mamá. Por favor, Ernesto, ayúdame. Si no te tuviera a ti, sería incapaz de montar este tinglado. Pero no podría ver de nuevo a Martine ingresada en aquella clínica mental.

—Elena, olvídale. Han pasado varios años... Te lo exijo, olvídate de aquello, ¿quieres?

Ernesto la contempló. El dibujo del rostro era de un clasicismo griego, similar al de Pablo, pero los dientes asimétricos y sobre todo la rasgadura de los ojos le recordaban a Martine.

—Es lo que él ha decidido, Ernesto, él, y ya sabes cómo es de borde mi padre, no se deja aconsejar por nadie. Me envía un correo o me llama cada cuatro o cinco días, insiste en su recuperación. Cree que me engaña. Por cierto, en dos ocasiones te cita. ¿Cómo te menciona?, algo así como «un recuerdo para el cabrón inglés», o «para mi cabrón inglés», algo parecido.

El geólogo sonrió complacido. Durante el poco tiempo en que Pablo fue asesor del Ministerio de Cultura, demostró que podía ser un maestro de la negociación. Por eso objetó:

—¿Y no te engaña? Tu padre es capaz de ocultar sus sentimientos, de dar una imagen diametralmente opuesta a lo que piensa.

Al salir al paseo, buscaron la sombra de los plátanos. Elena se sentía protegida caminando al lado de Ernesto. En aquel asunto, y en tantos otros, necesitaba su complicidad.

—Mi viejo, ahora sí que es mi viejo, ya no engaña a nadie —comentó Elena en tono confidencial—. Figúrate, comenzaba una etapa de sensatez, pásmate, la primera etapa sosegada de su vida. Al menos de la vida que yo le conozco. Llegó a pensar en rehabilitar Casabocafoz y convertir el granero en estudio. Incluso me dijo que le vendría bien, en su vejez, la soledad de Manafría... Qué ironía. Me retiraré, me dijo, para no tener cerca a nadie conocido al que sacarle las tripas. Ya sabes, sus frases exageradas y lapidarias.

Ernesto no lo visitaba para preservar los frágiles equilibrios con Martine. ¿Cómo pudo agredirla? Miró el reloj, todavía podía demorarse una hora antes de dirigirse al aeropuerto. De repente le vino a la cabeza la edad de Ramiro, en la niñez bromeaba con Pablo pensando que era el representante perfecto del cazador-recolector del Paleolítico; nació en el 31, otra ironía, porque precisamente el ejército de la República, según contaba Águeda, fusiló a sus padres. La señora Águeda, tan delicada, era una excelente narradora oral...

—¿En qué pensabas ahora...? ¿Estás bien?

—Estoy bien, Elena... —se fijó en el rostro de la joven, el mentón no tenía el dibujo tierno de la barbilla de Martine, recordaba la firmeza hostil de Pablo—. ¿Qué decías del granero?

—Mi padre lo quería convertir en estudio. No me escuchas, Ernesto.

—Al granero lo llamábamos «el Laboratorio». A los doce años le rogué a mi padre, al que todos conocían en el pueblo como el Madrileño, incluso tu abuelo, que me dejara pasar el verano allí. El granero tenía cinco ventanales rectangulares abiertos a poniente y cinco ventanas circulares orientadas al cierzo, además del lucernario, claro, con los trece escalones por los que salíamos al tejado...

Elena notó el comedido entusiasmo en la narración de su tío, una veladura nostálgica, y permaneció observándolo. Dejaban la acogedora sombra y doblaban por la calle Huertas. Ernesto supo que iba a hacerle una pregunta impertinente, alzaba el rostro como su padre:

—¿Me traicionarás? —preguntó ella.

El geólogo sonrió.

—Di. Ya sabes a lo que me refiero —insistió Elena—, que si a la primera noticia alarmante, que vendrá, ojalá ocurra de repente, correrás a su lado.

—Él correría a mi lado.

—¿Estás seguro...? Sí, claro, no sé por qué lo dudo. Pero tú no viste... Este asunto me intranquiliza, me da... Me da miedo, Ernesto, y es que yo estoy urdiendo un plan para dejar solo a mi padre. Que sí, que es lo que él quiere. Pero no estoy segura de nada.

Ernesto sintió el peso de su ahijada en el brazo. Llevaba varios años sin visitar a su amigo, en parte para contentar a Elena. ¿Qué estarás pintando ahora, Pablo, tú que siempre has estado pintando contra la muerte?, se preguntó. Le habría gustado coger el coche y viajar los dos amigos a Manafría como hacían en la juventud. ¿Me reconocería Ramiro? Probablemente aquel pastor se habrá olvidado de un muchacho de Madrid que pasaba los veranos en la aldea.

—Ni me escuchas —adivinó Elena—. ¿Qué estás cavilando? No, no me lo digas, no me cuentes un recuerdo que me haga este trago más difícil, bastante me está costando. Estoy atacada de los nervios, si vieras la metedura de pata en el trabajo, ayer mismo... Bueno, cambio de tercio. A Saúl se le está soltando la lengua, cada día dice varias palabras nuevas.

—Si te arrepientes del plan, o el médico no consigue aproximarse a Pablo, iré a Manafría.

—Me encanta que seas tan sentimental. Siendo casi un... ¡sesentón! Pero no irás, por favor. Si vas a Manafría arrastrarás a mamá, será inevitable, y os absorberá, os manipulará... Volverá a destrozar a Martine, la cargará de culpa ahora que vuelve a respirar, que la depresión se aleja... Recuérdalo, ¿me oyes? ¡Me oyes o no me oyes!

Él la apretó levemente contra sí y tardó en expresar sus dudas:

—No sé si sabes lo que haces, Elena. No sé.

—¡Yo también quiero a mi padre! Y lo odio, a partes iguales. Estaré al tanto a cada momento, pediré asuntos propios cuando sea preciso. Tengo al chileno. Y entro en su ordenador portátil por control remoto, ahora le ha dado por llevar una especie de diario.

—¡Por Dios! Ahí te has pasado, ¿no? ¿Entras en el ordenador de Pablo? ¿Lees todo lo que escribe? Eso es difícil de asumir, aunque seas su...

—¡No me jodas, Ernesto! ¡No sé por qué te lo he contado! ¡Déjame llevar el asunto a mi modo, tampoco me resulta fácil! ¿Me oyes?

—¿Estás segura de que respetas la decisión de tu padre? ¡Piénsalo, Elena! No me contestes agríamente, para los dos es difícil.

—Ernesto... Pablo Monfort conoce la gravedad de su enfermedad, decide morir solo, como pinta, siempre en soledad... Su decisión, la suya. Solo quiero aliviar las formas... Y preservar a mi madre.

Ernesto le estrechó el brazo y dijo:

—Creo que has elegido bien al médico.

—¿El chileno? Demasiados escrupulos, un jodido sentimental, aunque tiene temperamento.

—Tú has estado insoportable —opinó el geólogo.

—Anda, no exageres. Está en el paro; después de que lo hicieran fijo en el hospital, lo echaron, vaya putadita. Ya lleva

años aquí, los del MIR y dos más con contrato indefinido... Mi amigo lo pone por las nubes, ya veremos.

—Martine quiere ver a Saúl, las abuelas quieren ver a sus nietos, normal. Ya quería venir hoy a Madrid. ¿Te reservo un pasaje para Londres antes de que acabe el verano?

—Mira, pues sí. Me queda una semana de vacaciones, estupendo. Dentro de tres días, tengo que avisar en el ministerio, ahora vamos bien de trabajo. Estaré cuatro o cinco días en Londres, tranquilizaré a mamá, que disfrute de Saúl, y regresaré. Después debo estar aquí.

—¿Qué hace ahora Pablo?

—Rehuirme para que no vea su deterioro. Me llama, pero no se deja ver. Ha empezado la ceremonia del adiós, ahora dispone las legalidades. Muy sensato, ya te dije.

—Dios, Elena, espiar su ordenador... ¿No hacemos algo... sucio?

—Tú, no. Y yo soy su hija, lamentablemente su única descendiente. ¿Sabes?, Saúl va a heredar la obra de su abuelo. Y vale por hoy. Estás pensando en traicionarme.

—Lo destrozó la muerte de Alfonso... —musitó Ernesto para sí.

—Ya era alcohólico antes de que ocurriera el accidente de mi hermano. Resérvame el pasaje. Ah, y págalo tú, «cabrón de inglés forrado» —recitó Elena, imitando la voz cascada de su padre.

—Aparentas ser una niña borde, pero te sale impostado. Creo que hasta ese médico se ha dado cuenta.

Entonces ella suspiró:

—Ojalá sea breve.

Guardaron silencio. Se acercaban a la plaza de Santa Ana.

—¿Eso dice el oncólogo? —preguntó Ernesto.

—¡El oncólogo no dice nada, el estúpido! Al menos por teléfono. Bueno, me contó, lo único, que mi padre había firmado la autorización para experimentar un fármaco nuevo, no sé qué nombre le dio, algo para estimular el sistema inmunológico. Pero mañana lo visitaré en persona, he pedido hora en la consulta. ¡Tengo derecho a saber!

Ernesto dedujo que el especialista daría la información que Pablo permitiera, nada más.

—¿O no tengo derecho? ¡Di algo! —lo apremió Elena. Deseaba llegar a su portal para que, al despedirse, la abrazara. Siempre se sintió bien al lado de tío Ernesto, tan equilibrado.